

HOMENAJE A ANTONIO LÓPEZ EIRE

Conocí a Antonio López Eire en diciembre de 1977, exactamente el día en que tomé posesión como Agregado de Lengua Española de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca. Procedía yo de la Universidad de Murcia y mi intención era acercarme a Madrid, donde se había quedado mi familia. Antonio era el Decano de la Facultad, lo que quiere decir que tuve que tener con él los contactos lógicos de un recién incorporado. No soy persona que se fije mucho o retenga las fechas de los acontecimientos pasados. Me interesa más el presente y el futuro, por eso no recuerdo exactamente el momento en que Antonio me pidió que aceptase el Vicedecanato. Lo que sí recuerdo es que fue inmediatamente después de llegar. Al principio me negué, porque mi especial situación familiar me empujaba a sentirme libre y regresar a Madrid cuando pudiese, pero Antonio me convenció enseguida. Y fue ese compartir responsabilidades el marco en que se fraguó una sincera, entrañable y duradera amistad. Antonio ha sido hasta el día en que la vieja Átropos cortó el hilo de la vida del que todos pendemos uno de mis mejores amigos. A él y a Maíta, su otra piel a la que se aferraba más que a la suya propia, tengo que agradecerles el haberme sentido en aquellos años de mi estancia salmantina (aproximadamente tres) como en mi propia casa. Y esto no es una frase retórica.

Creo que también fue el día de mi posesión cuando conocí a otra persona entrañable y buena como era don Alberto Navarro, Catedrático de Literatura. Al enterarse de mi situación, me ofreció

que me fuera a residir al colegio mayor San Bartolomé, del que él era Rector. Así lo hice y desde aquel momento mi vida en Salamanca, salvo alguna salida al campo con un sabio humilde, cariñoso y dicharachero, Antonio Llorente, a quien siempre recuerdo con la gabardina colgada del hombro, mi vida, digo, se reducía a recorrer la distancia que media entre la Facultad de Letras y el Bartolo. En ese recorrido está el bar Florida y la casa de Antonio.

Casi todos los días, al acabar la jornada de la mañana en la Facultad (yo solía pasar antes por secretaría para ver los problemas pendientes) recalábamos en el Florida. Allí acudía Maíta, siempre que su regreso de Zamora se lo permitía; por allí aparecían varios colegas de la Facultad y allí conocí, entre otros, a José Luis Cabezas y a su inseparable Toñi. Era el mejor momento del día: caña o vino, aperitivo, otra caña y cháchara. Mucha cháchara; de todo tipo: política, social, de sueños e inquietudes personales... Era la época en que Cloto y Láquesis ejercían su predominio frente a su hermana. Chuchi, el camarero, atendía la barra con primor, de tal forma que no nos dábamos cuenta de que el tiempo se deslizaba de forma inexorable. El hecho es que con frecuencia, bien porque se hubiese pasado la hora oficial de comida en el San Bartolomé, bien por razones afectivas que no me toca a mí analizar, la insistencia de Maíta y Antonio me llevaban en volandas hasta su mesa. Y vuelta a la Facultad hasta muy tarde en que, ahora no siempre, volvíamos a coincidir. Recuerdo con verdadera nostalgia mis días salmantinos, en los que poco a poco se fue fraguando una amistad que ha perdurado con el tiempo y en la que están también los Cabezas como elemento fundamental. Antonio decía con frecuencia que José Luis era el hermano que nunca tuvo. Y puedo dar fe de que esa relación era cuanto menos de sangre.

Cuando me marché de Salamanca, a finales de 1980, seguí volviendo por la ciudad, unas veces simplemente para cenar o pasar un rato con los amigos, otras para celebrar acontecimientos importantes como las bodas de los hijos, para vernos, en definitiva. Cualquier pretexto era bueno. También los que nos llevaban a encon-

trarnos en otros ámbitos: la casa familiar de Mataespesa, los paseos en barco por Marina del Este, Galicia. Este era uno de los territorios donde Antonio se sentía más a gusto. Formaba parte de su niñez y seguía teniendo afectos especiales, como el del primo Manolito. La primera vez que yo fui al restaurante de Olga, en La Guardia, a comer la famosa langosta fue con Antonio y Maíta, José Luis y Toñi. Fueron unos días fantásticos, en los que alguno presumía de no sé qué poderes. Estaba también mi añorada Pilar. Recuerdo aquellos versos:

Parca cruel,
me madrugaste el alba
y me has dejado huérfano
de faro.....

Huérfanos nos hemos quedado ahora de Antonio todos los que lo queríamos y admirábamos. Porque Antonio, además de ser un sabio, era un tipo humano entrañable y encantador, a quien le gustaba disfrutar de la vida, reír, contar chistes, para los que tenía una gracia especial. Recuerdo un día, después de comer y beber generosamente en mi casa de la sierra madrileña, que Antonio empezó a contar el largo relato de Fermín, nuevo rico que pretendía asistir a las tertulias de la señora marquesa. Fueron más de veinte minutos de relato y risas, como no recuerdo en ninguna otra ocasión. Tal fue el escándalo que mi vecino de parcela y amigo, Álvaro Porto Dapena, se presentó en la casa a ver qué ocurría. Así era Antonio en la intimidad: extrovertido, amante de la vida, generoso, amigo de sus amigos. La timidez se quedaba para las ocasiones en que no existía familiaridad, que no era el caso del ámbito profesional, porque aquí, especialmente en las conferencias, Antonio se crecía y desplegaba su amena sabiduría hasta encandilar al auditorio, igual que con sus chistes.

La vida es cruel. Sucedió que Láquesis dejó de devanar, Cloto se cansó también de hilar y Átropos cortó el invisible hilo que nos

mantiene atados al acontecer diario y a los afectos que ese propio acontecer va estableciendo. Nos quedan los recuerdos, los tiempos compartidos, los buenos y los malos momentos vividos en compañía. Nos quedan tantas cosas que solo cabe decir un ¡hasta pronto, Antonio!

Lidio Nieto Jiménez